JUAN RAMÓN LUCAS
La playa de las acacias
CONTRALUZ

JUAN RAMÓN LUCAS

La playa de las acacias

CONTRALUZ

Primera edición: octubre de 2026

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Juan Ramón Lucas, 2026
Representado por la Agencia Literaria Dos Passos
© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.), 2026
Calle Valentín Beato, 21
28037 Madrid
www.contraluzeditorial.es

ISBN: 979-13-87810-84-9
Depósito legal: M-16092-2026
Printed in Spain

A todos aquellos que aman la Naturaleza
y la habitan en la certeza de que todos en
ella somos seres sensibles.

«Ella ha descubierto que hay un
gran poder en el silencio».
Maggie O'Farrell,
Hamnet

«Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos: los árboles destas montañas son mi compañía; las claras aguas destos arroyos, mis espejos; con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. (…) Tienen mis deseos por término estas montañas, y si de aquí salen es a contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera».

Miguel de Cervantes,
Monólogo de Marcela en *Don Quijote de La Mancha*

I
El regreso

Uno

En Sierraplana ya nadie se dedica a la pesca. Dicen que es por aquel temporal que dejó sin hombres ni barcos el pueblo, cuando tenía puerto a la salida de la ría. Los supervivientes y las mujeres ascendieron a los altos prados que se asoman a los acantilados y protegidos por el bosque de Santumedé, donde se esconde el cuélebre y se escuchan en invierno los cantos apagados de los monjes que un día habitaron el monasterio, aprendieron un oficio y se inventaron una lengua secreta.

Había que construir en tierra firme y se aplicaron a ello.

Tejas. Se convirtieron en tejeros. Y para ocultar a los demás sus causas y consejos, levantaron ese hablar que parecía antiguo y era misterioso. La abuela lo usaba. O al menos farfullaba palabras que siempre me parecieron oscuras, misterio de mujeres que se llevaban los hombres que andaban por ahí vendiendo la mercancía, mientras ellas mantenían la familia y esperaban. También tenían su propia jerigonza los zapateros o los caldereros. Yo entonces no lo sabía.

Cuando las tejas dejaron de ser negocio llegaron las vacas, pero trabajarlas era duro y, si se podía escapar, se escapaba. No recuerdo niños pastores, salvo Pascualín, que se reía siempre y olía a *cuchu,* a estiércol. A mí me daba un poco de miedo, pero Paqui le tomaba el pelo y le llamaba «gocho».

Luego echó raíces el turismo, pero yo ya no estaba.

Papá me sacó de aquí como si quisiera extirpar un mal incontestable.

Él había salido mucho tiempo atrás, cuando lo del Paso de la Mula. Iba y venía. Poco antes de morir la abuela, prolongó su estancia más de lo habitual, como si intuyera que el final estaba próximo. Enterrada su madre, organizó mi marcha, pero no pudo o no quiso verla. «Tienes que irte del pueblo, aquí ya nadie puede cuidarte». Eso me dijo. «Está Paqui», argumenté. «No puede quedarse contigo».

Yo tenía dieciséis años.

No lo entendí. Ahora sí, claro. Una vida entera después. Un destino que yo no tracé. Como el de mi madre, que tampoco pudo hacerlo. La dejó aquí sola, en este mismo lugar del que luego me sacó a mí. Se llamaba Aurora, era india y se murió de pena poco después de que yo naciera.

Eso me dijo Paqui.

Treinta y cuatro años desde que no pisaba Sierraplana. Treinta y cuatro años desde que no jugaba con la prima Paqui a que la cabaña junto al faro era el castillo entre cuyos muros escondíamos y protegíamos nuestros sueños de infancia. Lejos las dos de sospechar que algún día estos

podrían ser de verdad muros de salvación, cobijo de soledades protectoras, esperanza de vida. Que en ellos se ocultaría la historia que me iba a revelar los secretos de mi vida.

Menos mal que la memoria de la tierra es la del corazón que tú le pones, porque de lo contrario me habría rechazado por ingrata. Lo que sí ha hecho es devolverme a mi padre, Eduardo. En Madrid le veía más que aquí, pero este era su sitio, y aquí persisten los rincones de su recuerdo y el olor que traía al volver de cada viaje; un perfume dulce que saciaba el hambre que de él tenía. Y aquí están los caballos que él me enseñó a amar desde muy cría. Y una naturaleza salvaje en la que decía que estaba nuestro sitio siempre, por mucho que nos escondiéramos entre los muros y las calles de las ciudades o viajáramos a países lejanos, como él hacía. De vez en cuando, hablaba de sus amigos y de que se tuvo que ir por amor y por amor había vuelto. Con Aurorita, mi madre.

—La traje de allá…

Y yo imaginaba un «allá» lejano, donde había rescatado a una princesa para traerla al lugar al que todos pertenecíamos. También ella. Ahora lo sé.

La abuela me recordaba a veces que yo era medio india, como Aurorita. Y a mí me gustaba ser distinta porque hacía que, ante los demás niños, la falta de papá y mamá se embelleciese con el privilegio de ser como de otro mundo. El atractivo de lo enigmático, el peso de lo desconocido. Todos teníamos algún tío en América, pero ninguno una madre de allá.

—Háblame de mamá, Paqui.

Debía yo tener cinco o seis años. Casi mujer ella ya. Amorosa cuidadora.

—La quería mucho.

Paqui extraviaba la mirada, absorta en el recuerdo, como hace el corazón cuando sale al rostro a dejarse ver nostálgico, encendido. Las miradas perdidas son órdenes del corazón que añora.

—Era mayor que yo. Nos sacábamos diez años.

—¿Como tú y yo?

Asiente.

—Y muy guapa. Con una alegría natural tan grande que era capaz de guardar sus males y tristezas y hacernos felices a todos.

—¿Y por qué no está? ¿Se fue cuando yo nací?

Me miraba sin decir nada. Lo vivo, como hago siempre con los recuerdos que se me aparecen.

—¿Se fue? —insisto—. ¿Y dónde?

—Se la llevó Dios al cielo, mi cría. Con él, como hace con los que son buenos.

—Entonces, ¿no voy a volver a verla?

—Tú no. Pero ella —mentía con una sonrisa tan franca y luminosa que parecía cargada de verdad— te ve a ti todo el rato, y es feliz por verte tan alegre.

Aurora, la madre. La que nunca estuvo. Pero no hiere la memoria de su ausencia: es dulce y leve.

Vuelvo a sentir un suave pálpito de melancolía. Me hubiera gustado llamar «mamá» a aquella muchacha de cara redonda y mirada tibia, viva en sus fotos de niña alegre. ¿Cómo puedes añorar lo que nunca tuviste?

—Tu padre miraba por ella. Cuando estaba, claro. Que aquí la dejó sola. Hasta el final.

—¿No la quería?

—A su manera. De ese modo en que quieren los hombres que hubieran preferido no enamorarse.

Sonrío. No puedo evitarlo. Los hombres que hubieran preferido no enamorarse, decía. Qué sabia es Paqui. A veces creo que todos los hombres preferirían categorizarse así, como seres que necesitan el amor, pero ni lo buscan ni saben gestionarlo.

—Tú eres igualita que ella.

En lo exótico, supongo. En lo que aún hay de atractivo en un rostro redondeado de enormes ojos negros y una armonía entre clásica y oriental. Con muchas más arrugas ahora, también.

—Cuando te veía en la tele era como si Aurorita volviera a hablarme.